

Manuel Puga y Acal y la crítica de su tiempo

Carlos Guzmán Moncada

Uno de los lugares comunes más reiterados a lo largo de lo que podría llamarse una historia de la crítica literaria en México consiste en afirmar que aquí no hay o, en el mejor de los casos, apenas si ha habido algo que pueda calificarse sin ambages de crítica literaria. Para algunos, los más optimistas, la revisión de una nómina improvisada de escritores, historiadores o polígrafos que la han ejercido a lo largo de los siglos XIX y XX es muestra suficiente de la falsedad de ese aserto. En cambio, para otros más pesimistas, la sola confección de semejante lista constituiría la prueba más evidente de que poco o mal puede historiarse el ejercicio del criterio en la literatura mexicana. Porque aunque en ella abunden los nombres de poetas y novelistas que han reflexionado sobre el quehacer literario propio o ajeno, así como una multitud de arqueólogos y restauradores académicos del pasado documental, amén de incontables reseñadores más o menos ocasionales, escasea la figura del crítico puro. Y así, poca o ninguna autoridad y autonomía histórica podría tener lo que no ha sido sino una actividad subsidiaria, concomitante o ancilar de la literatura, la historiografía o el periodismo cultural.

Más que plantear una oposición irreductible, este lugar común expresa uno de los tópicos constitutivos del ejercicio de la crítica literaria mexicana prácticamente desde sus orígenes, en el siglo XIX, y acompaña su desarrollo a lo largo de sus distintas etapas de conformación hasta el día de hoy. Si la contradicción inherente que manifiesta este lugar común es señal de la

inestabilidad del campo de discusiones en que la crítica literaria ha tenido que ganar un espacio propio, la tensión entre las diversas respuestas que genera es síntoma de su vitalidad y de su validez siempre puesta a prueba. En todo caso, más que enfrentar dos visiones excluyentes, el tópico señala una carencia compartida, una misma necesidad: la de hacer crítica de la crítica; la de estudiarla en su doble carácter de lectura pública y privada, deudora de las lecturas de otros, expresión de una sensibilidad e inteligencia particulares, generadora de lecturas venideras. Y por lo mismo, apunta a la superación de cualquier clase de encasillamiento historiográfico que limite su estudio al listado de obras y méritos o bien a la supresión de su historicidad, e invita a la recuperación y reconstrucción documental de todos aquellos testimonios que nos permitan entender cuáles son los problemas literarios y los procedimientos que en verdad constituyen las etapas fundamentales de la historia de la crítica.

Es en este sentido que, sobre todo en los últimos años, se ha llevado a cabo el estudio conjunto y detallado de las aportaciones críticas e historiográficas pertenecientes al siglo XIX mexicano, así como la reedición de muchos de los materiales —a menudo de muy difícil acceso o en deficiente estado de conservación— imprescindibles para formular valoraciones de primera mano y, si es el caso, para reescribir más de un tópico al uso o una verdad a medias. Esta necesidad es la que ha alentado el trabajo de algunos investigadores de la capital y de diversas regiones del país en esta materia, y fue la que me llevó a reunir una serie de documentos relacionados con el ejercicio del criterio practicado en Jalisco y en la Ciudad de México a lo largo del siglo XIX.¹ Pese a ser sólo una cala parcial e insuficiente en el tema, creo haber mostrado que, en la conformación de un campo de discusión de las letras mexicanas de esa época, resulta innegable el esfuerzo y la dedicación a la crítica de numerosos escritores del occidente de México, entre quienes cabe destacar a José María Vigil, Salvador Quevedo y Zubieta, Manuel Puga y Acal, José López

1. *Las voces del espejo*. Reflexiones literarias jaliscienses del siglo XIX. Estudio preliminar, selección y notas de Carlos Guzmán Moncada. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2000.

Portillo y Rojas y Victoriano Salado Álvarez (un esfuerzo que, en el siglo xx, han mantenido otros jaliscienses eminentes, como Carlos González Peña, Francisco González Guerrero, Emmanuel Carballo, Antonio Alatorre y José Luis Martínez, por citar sólo los nombres más conspicuos). Además de ser jaliscienses por su lugar de nacimiento, activistas políticos y literarios desde muy temprana edad, impulsores y colaboradores de algunas de las publicaciones tapatías más importantes del siglo xix, escritores como Vigil, Quedo y Zubieta, Puga y Acal, López Portillo y Rojas y Salado Álvarez, aun antes de su traslado temporal o definitivo a la Ciudad de México, fueron también protagonistas de la discusión crítica mantenida en y desde la capital del país a través de revistas y diarios, de *El Siglo xix*, *La Ilustración Mexicana* y *El Renacimiento* a *La Juventud Literaria*, *El Partido Liberal*, *El Universal*, la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, *El Pabellón Nacional* y la *Revista Moderna*, por citar sólo algunos de los títulos decimonónicos más relevantes.

En este sentido, creo haber señalado en *Las voces del espejo* que el estudio pormenorizado de sus trayectorias intelectuales sirve para entender que el proceso de conformación histórica de la crítica y, sobre todo, de la difusión de las ideas literarias en el México del xix supone algo muy distinto a la reducción, en una yuxtaposición simplista, entre unos modelos centrales y otros periféricos, entre otras razones porque los fenómenos literarios, así como la difusión y discusión de ideas, difícilmente pueden ser reducidos a límites geopolíticos e incluso al trazado de una región cultural definida *a posteriori*, y además porque muchos de quienes, como ellos, participaron en la vida literaria "provinciana" decimonónica, fueron a la vez protagonistas de primer orden en el medio capitalino: una obviedad que, sin embargo, sigue planteando algunos problemas de interpretación y documentación que vale la pena atender. Y si bien la vida y la obra de algunos de ellos han sido objeto de investigaciones literarias o de recuperaciones documentales posteriores más o menos

2. En su ensayo "Manuel Gutiérrez ante un crítico de su tiempo", Luis Mario Schneider dejó comenzada la tarea de datación, de acuerdo con el orden de aparición en la prensa diaria, de los textos que compusieron más tarde *Los poetas mexicanos contemporáneos*; una tarea que debería ampliarse a la recepción de sus críticas. Este ensayo fue incluido en Yolanda Bache Cortés et al., (coords.). *Memoria Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo*. México: UNAM, 1996. pp. 497-505.
3. Manuel Puga y Acal. *Los poetas mexicanos contemporáneos*. Ensayos críticos de Brummel. México: Imp. de Ireneo Paz, 1888; 2ª. ed. Presentación de Eugenia Revueltas, México: UNAM. (Al siglo XIX, ida y regreso), 1999; *Lirismos de antaño, versos y prosas*. México: Imp. Victoria, 1923. El prólogo del segundo libro ya había sido reproducido, de manera parcial, en *Cuadernos de Bellas Artes*, México, núm. 5, diciembre de 1960, pp. 33-40. Pese a ostentar el año 1999 como fecha de publicación, dicha reedición no circuló sino hasta mediados del año siguiente. Al preparar *Las voces del espejo* no tenía, pues, noticias de su inminente aparición.

afortunadas, en cambio las de otros esperan todavía convertirse en materia de un estudio sistemático y completo que pondere su participación en las discusiones literarias de su tiempo.

Tal es el caso de la vida y la obra literaria e histórica del crítico de quien, sólo a modo de invitación para estudios posteriores, me ocupo en las siguientes páginas: el jalisciense Manuel Puga y Acal. No sé si sea necesario insistir en la importancia que, dentro del panorama de la crítica literaria decimonónica, tiene la figura de Puga y Acal. Asociado al nombre de Manuel Gutiérrez Nájera por la "amable" polémica que sostuvieron a raíz del comentario de Puga a la "*Tristissima nox*" del "Duque Job", este escritor jalisciense constituye una de las figuras intelectuales más relevantes de la literatura mexicana de las dos últimas décadas del siglo XIX. Sin embargo, como tantos otros, aún espera al investigador que evalúe su trayectoria literaria; que recupere de la prensa de Guadalajara, de San Luis Potosí, de Veracruz y de la Ciudad de México tanto sus colaboraciones poéticas y críticas como las respuestas, favorables y desfavorables, que ambas suscitaron a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XIX;² que reconstruya su estrecha relación con los intelectuales metropolitanos, así como su confrontación con algunos medios literarios y políticos jaliscienses a raíz de su vinculación con los gobiernos estatales de Tolentino y Curiel; que documente los verdaderos motivos de su deserción del ejercicio crítico, su traslado definitivo a la Ciudad de México, así como su trabajo en tanto que historiador en el Archivo General de la Nación y como colaborador, en los últimos años de su vida, del diario capitalino *Excelsior*. Ciertamente, hoy día contamos con la reimpresión de *Los poetas mexicanos contemporáneos*, preparada por Eugenia Revueltas para la colección "Al siglo XIX, ida y regreso" —la cual, además de reproducir fielmente, hasta en las erratas, las características de la primera edición, añade sin ninguna explicación declarada el prólogo de Puga y Acal al libro donde reunió su obra de creación *Lirismos de antaño, versos y prosas*.³ Con

todo, aún sigue en pie la deuda de una edición realmente crítica de *Los poetas mexicanos contemporáneos* —expurgada de erratas, confrontada con las versiones iniciales de los ensayos que lo integran, aparecidos simultáneamente en la prensa metropolitana y regional—, así como de un estudio bien documentado que, al recuperar en su totalidad las polémicas generadas por el temperamento de este jalisciense y por la susceptibilidad de los criticados, permita valorar en su justa medida la aportación de Manuel Puga y Acal a la crítica literaria de su tiempo. Una tarea que comenzó de hecho Luis Mario Schneider y que, quizá, investigadores venideros completen algún día, y para la cual quiero ofrecer en estas páginas algunos materiales que pueden resultar de cierta ayuda.

Aun cuando, a lo largo de los últimos diez años de su vida, Puga y Acal redactó y publicó de manera intermitente una especie de memorias en las páginas de *Excelsior* con el título “De mi vida literaria y política”, éstas no han constituido una fuente documental para los pocos comentaristas de su obra crítica o historiográfica. Las noticias que, en términos generales, suelen ofrecerse sobre él provienen en buena medida de la necrológica que Victoriano Salado Álvarez redactó a la muerte de Puga, publicada en *Excelsior* una semana después, y que Salado amplió en el apartado que le dedicó en sus memorias.⁴ Sobre esta información, junto con la aportada por Genaro Fernández MacGregor, Jesús E. Valenzuela y Carlos González Peña,⁵ Joaquín Meade elaboró una semblanza, “Manuel Puga y Acal en San Luis Potosí”, que además de constituir una síntesis de referencias anteriores relacionadas con algunos de los hitos más destacables en la carrera literaria de Puga, ofrece información relativa a sus años en San Luis.⁶

Nacido en Guadalajara el 8 de octubre de 1860, Puga y Acal pertenece por afinidad y por proximidad cronológica a esa generación de escritores, políticos e intelectuales mexicanos que Luis González y González denominó la centuria azul:

4. Victoriano Salado Álvarez, “Puga y Acal”. *Excelsior*, núm. 4931, 21 de septiembre de 1930, pp. 5, 8. Ampliada en sus *Memorias: Tiempo viejo-Tiempo nuevo*. México: Porrúa, 1985. Véase también la nota necrológica “El escritor jalisciense don Manuel Puga y Acal murió ayer en esta ciudad”. *Excelsior*, núm. 4924, 14 de septiembre de 1930, 2ª secc., p. 2.
5. Genaro Fernández MacGregor, “Puga y Acal”. *Carátulas*. México: Botas, 1935; Jesús E. Valenzuela, “Mis recuerdos, XVIII”. *Excelsior*, núm. 10390, 14 de enero de 1946, pp. 4-5; Carlos González Peña. *Historia de la literatura mexicana*. 5ª ed. México: Porrúa, 1954.
6. Joaquín Meade, “Dos semblanzas, II: Manuel Puga y Acal en San Luis Potosí”. *Letras Potosinas*, S.L.P., núm. 118, octubre-diciembre 1955, pp. 14-15. Sobre su primer viaje a San Luis, el propio Puga dejó constancia en su artículo “Quince días en San Luis”, *El Partido Liberal*, México, 19 de noviembre de 1890, p. 1.

7. Luis González y González. "La ronda de las generaciones, los protagonistas de la Reforma y la Revolución Mexicana". *Todo es historia*. México: Cal y Arena, 1989, p. 175.

8. Fernando Curriel. *Elementos para un esquema generacional aplicable a cien años (aprox.) de literatura patria*. México: UNAM. (IIF, De Bolsillo. 18), 2001, pp. 58-59.

Una generación *nepantli*, entre dos aguas, que tuvo que cerrar la época nacionalista, liberal y romántica, habitada por tres generaciones precursoras y por ella misma, y abrir la época nacionalista, socializante, pragmática que convocamos con el nombre de Revolución Mexicana y que la tanda azul construyó parcialmente y habitó a sobresaltos.⁷

Una generación que comprende, *grosso modo*, a los nacidos entre 1855 y 1870, y que si "encuentra su cauce a través de *Azul* de Rubén Darío y hace su primera comunión en la *Revista Azul* de Manuel Gutiérrez Nájera", puede definirse, en palabras de Fernando Curriel, como "urbana, mestiza, clasemediera, ilustrada más que sólo universitaria, afrancesada, bohemia, positivista, pasiva comparativamente" y a través de los nombres de

Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón, Federico Gamboa, Luis G. Urbina, Felipe Ángeles, Venustiano Carranza, Ignacio Bonilla, Amado Nervo, José Juan Tablada, Ponciano Díaz, Ricardo Bell, Carlos Díaz Dufoo, Victoriano Salado Álvarez, Jesús Urueta, Carlos Pereyra, Camilo Arriaga, Frank Sanborn, Balbino Dávalos, Jesús E. Valenzuela.⁸

Los datos reiterados por quienes han esbozado la biografía de Puga y Acal no desmienten, al menos en apariencia, el talante de su generación. Enviado por su padre, muy joven aún, a cursar estudios de bachillerato en Francia con los jesuitas de Juilly, en París, Puga ingresó más tarde en la Escuela Provincial de Minas de Mons, en Bélgica, para estudiar geodesia y convertirse, así, en ingeniero en minas. Pero sus tempranas incursiones literarias, ya comenzadas antes de su salida a Francia, lo hicieron abandonar definitivamente la esfera técnica y académica para involucrarlo cada vez más en la carrera de publicista —es decir, de periodista literario y político— desde su regreso a México, en 1883. La huella de sus años en Francia se hizo patente desde entonces no sólo en sus actividades literarias —tradujo a Villon, Musset, Leconte de Lisle, Rollinat, Baudelaire—, sino además en el talante marcadamente anticlerical de su crítica social y política, así como en la leyenda bohemia y exquisita que intentó condensar en el pseudóni-

mo "Brummel" con que firmó una parte de su crítica literaria. Una leyenda que algunos hicieron extensiva a la persona misma, hasta el punto de afirmar que Puga había conocido a Rimbaud y a Verlaine en Bruselas –afirmación puesta en duda por José Emilio Pacheco–:⁹ que tocó techo en la serie de polémicas encendidas durante los primeros meses de 1888 –las cuales constituyen el núcleo de su único libro de crítica, *Los poetas mexicanos contemporáneos*, publicado por Ireneo Paz en ese mismo año–, y que después fue diluyéndose sola, sin razón aparente, a lo largo de las siguientes décadas, hasta tal punto que hoy puede llegar a parecer tan sólo el resultado de una suma de equívocos y de contradicciones reiteradas si no se cuenta con las comprobaciones documentales pertinentes.

Si el ejercicio literario de Puga y Acal resulta destacable sobre todo en la penúltima década del siglo XIX, hay que remontarse al menos hasta 1875 para comenzar a documentar las noticias acerca de sus primeras colaboraciones en la prensa jalisciense. Así, Iguíniz menciona una tempranísima incursión de Puga en el medio periodístico tapatío, en compañía de Luis Pérez Verdía, con la fundación de *El Perico*, "periódico político y satírico de filiación porfirista" del cual, sin embargo, no parece haberse conservado un solo ejemplar.¹⁰ Es en *La Alianza Literaria* de 1876, órgano literario de la misma sociedad fundada el año anterior, donde podemos documentar algunos de los primeros poemas de Puga y Acal, así como uno de sus cuentos y algo que podríamos denominar crónica de sociedad. Aun cuando Iguíniz hace constar la participación de Puga en por lo menos dos proyectos literarios más, antes de su partida hacia Francia –la fundación y dirección de otra publicación satírica, el *Juan sin Miedo*, de 1877, así como su colaboración como socio en *La Aurora Literaria*–, no he podido localizar materiales que den testimonio de su labor periodística hasta su regreso a Guadalajara, seis años más tarde. De lo que parece no haber duda es de que proviene de esos años su trato y amistad con algunos de quienes fueron compañeros literarios a lo largo de los años ochenta: Antonio Becerra y Castro, Federico E. Alatorre, Alberto Santos-

9. Pacheco afirma que Manuel Puga y Acal "decía haber sido amigo en París [sic] de Rimbaud y Verlaine en un momento en que el primero se encontraba ya muy lejos y el segundo se hallaba preso en Bélgica". Véase José Emilio Pacheco, "Manuel Gutiérrez Nájera: el sueño de una noche porfiriana", *Letras Libres*, México, febrero de 2000, pp. 20-23.

10. Juan B. Iguíniz. *El periodismo en Guadalajara*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1955, t. I, p. 161.

coy, Antonio Zaragoza, Manuel M. González y Fernando Nordensternau.

La actividad periodística desarrollada por Puga y Acal casi desde su regreso al país, hacia 1883, y mantenida de hecho sin interrupción por lo menos durante las dos décadas siguientes, coincide plenamente con dos momentos fundamentales de la vida intelectual mexicana del siglo XIX: primero, con la expansión y consolidación del medio periodístico como elemento constructor del naciente espacio público político del país, y segundo, con su posterior limitación y regulación por parte del gobierno, el cual establece a partir de entonces un nuevo sentido en las relaciones entre el poder y los intelectuales. Esto explica que, durante la primera presidencia de Porfirio Díaz, surgiese “el mayor número de publicaciones...166 periódicos en provincia y 128 en la capital”;¹¹ mientras que, “entre 1884 y 1896 aparecieron entre 35 y 37 periódicos cada cuatro años, un total de 165, y se mantuvieron en circulación 567”.¹² Una declinación debida a la represión y a la política de subvenciones y el apogeo de la “prensa electorera”.

Fiel a las vacilaciones de esa época, la trayectoria intelectual de Puga y Acal refleja en plenitud el ímpetu y las contradicciones implícitas en la labor de quienes, como él, pugnaron por otorgar a la literatura un espacio propio y público de discusión a través de la crítica literaria, al mismo tiempo que no dudaron en prestar su pluma para la defensa de causas muy poco literarias. Así, un año después de volver del extranjero, Puga dirige en Guadalajara *El Clarín*, “periódico liberal oportunista... órgano oficioso del gobierno en funciones, que circulaba los miércoles y viernes de cada semana”, donde colaboraron, bajo pseudónimo, escritores como Manuel y Miguel Álvarez del Castillo, Antonio Gil Ochoa y Manuel M. González.¹³

El Clarín—dice Salado Álvarez—era el escándalo de las gentes, aun las extremadas en materia de creencias; estaba de moda esa clerofobia punzante y agresiva que tuvo representantes como Rocha y don Refugio González, y *El Clarín* salió pintado por

11. Florence Toussaint, “La prensa y el porfiriato”, Aurora Cano Andalu (coord.), *Las publicaciones periódicas y la historia de México (ciclo de conferencias)*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1995, p. 47.

12. *Ibid.*, p. 48.

13. Iguiniz, *op. cit.*, t. II, p. 185.

esa tonada. Su lema era *Le cléricalisme, voilà l'ennemi*, y editoriales, gacetillas, entrefilets y hasta el pie de imprenta estaban encaminados a desacreditar a cuantos llevaban tonsura, desde el Papa hasta el más insignificante motilón.¹⁴

Si el talante anticlerical y provocativo de Puga le hizo ganar notoriedad en el ámbito jalisciense, así como no pocos detractores como publicista y poeta, otro tanto le proporcionó su apoyo incondicional al gobierno represor del general Tolentino. De ambas cosas son testimonio algunas de las críticas que la oposición –atrincherada en las páginas de *El Heraldo*, de Wistano L. Orozco, y de *La Gaceta Jalisciense*, de Emilio E. García–, dirigió contra los caprichos sinestésicos presentes en los poemas de Puga y, sobre todo, contra su colaboracionismo tolentinista. Muestra ejemplar de lo primero son las ironías enfiladas por un crítico de sus versos esbozado bajo el pseudónimo de “El Máscara Azul” aparecidas en *El Heraldo* tapatío:

En un poema de don Manuel Puga y Acal, intitulado ‘El amor del muerto’, y publicado en el número 15 del periódico de las *erratas de imprenta*, hay estas linduras: ‘Saltaban negros reflejos de sus negros rizos’... ¡Hombre, cuánta negrura! ¿Y saltaban los reflejos? ¿Eh? ¿Así como granos de esquite sobre caliente lámina de fierro? Nosotros sabíamos que saltan las liebres, los gamos, los muchachos y hasta los políticos, pero los reflejos de luz, no sabíamos que saltaran. ¡Cosas de nuestro maestro de física! ¿Y eran *negros* los tales reflejos? ¡Ah, sí!, ya me acuerdo que una vez estuvimos varios amigos y yo en un subterráneo *negramente* iluminado... ¡y qué intensa y bonita es la luz *negra*! Y recordamos también que el *espectro* o *haz* de los colores de la luz contiene el verde, el naranjado, el rojo, el amarillo, el *bayo*, el *pinto* y el *negro*. Están los siete colores. ¿verdad? Aquel *amor* fue música celeste. ¡Calle! ¿Y era toda una orquesta? ¿Y traía tambora la música ésa, como los *mariachis* de por aquí? Señor poeta: yo había visto representar el *amor por llamas*, por *dardos*, por cuanto usted quiera; pero francamente, hasta ahora tengo el honor de conocerlo bajo la forma de una *charranga*. Por allí va así todo el delicioso poema.¹⁵

Quizá una de las muestras más elocuentes de esta doble implicación de Puga y Acal en el fango político y en el ejercicio literario la constituya su labor como di-

14. Salado Álvarez, *Memorias: Tiempo...*, pp. 118-119.

15. *El Heraldo*, Guadalajara, núm. 4, 15 de febrero de 1885, p. 4. Véanse otras críticas negativas referentes tanto a la poesía como a la actuación política de Puga en *El Heraldo*, Guadalajara, núm. 1, 15 de enero de 1885, p. 5; núm. 7, 8 de marzo, y 14 de junio de 1885, así como en *La Gaceta Jalisciense*, Guadalajara, núm. 183, 26 de febrero de 1886, p. 2, y núm. 188, 9 de abril de 1886.

16. *El Occidental*, Guadalajara, núm. 2, 7 de abril de 1886, p. 2.

rector y colaborador de *El Occidental*. Financiado por Tolentino, Puga organizó desde sus páginas el combate a la oposición y, particularmente, a los partidarios de Ramón Corona, al mismo tiempo que comenzó a figurar en ellas como crítico literario de manera formal y constante. Además de numerosos poemas, prosa de circunstancias y algunas traducciones, Puga publicó en *El Occidental* la que posiblemente fue su primera crítica relevante: “El *Romancero Nacional*, de Guillermo Prieto”.¹⁶ No apareció con su nombre, pero puede deducirse su autoría de la información proporcionada por Puga en una de las gacetillas de *El Occidental*, donde se defiende de la crítica de “arribismo” hecha por “Lucretius T. Carus” (es decir, Ángel Pola) en *El Diario del Hogar* y donde, de paso, se permite aludir a su trato y colaboración con los intelectuales metropolitanos del Liceo Hidalgo. En efecto, gracias a las gacetillas, sabemos que Puga era miembro del Liceo y que ahí leyó su paráfrasis de “*La poupée*”, de Pailleron, publicada con dedicatoria a Juan de Dios Peza en *El Partido Liberal* el 10 de enero de 1886 y el 21 de abril de ese mismo año en *El Occidental* tapatío; por su parte, “Lucretius T. Carus” criticaba en *El Diario del Hogar* que el autor del comentario al *Romancero...* de Prieto “no merecía la lectura oficial, que equivalía a un fallo de buena dado por el Liceo”, y que había sido escrito

por un escritor novel que elogia a los que están en el último peldaño, no por hacerles justicia, sino por conseguir simpatías y crearse un derecho a que se le preste la mano para subir a la gloria, si gloria puede llamarse ver su nombre en las gacetillas, codear a Riva Palacio y platicar con Altamirano.

17. Véase *El Occidental*, Guadalajara, núm. 5, 28 de abril de 1886, p. 3. Sobre la participación de Puga y Acal en esa velada del Liceo Hidalgo, véase también el artículo de Gutiérrez Nájera “Una velada literaria”, recopilado en *Obras*. T. I. Crítica literaria, ideas y temas literarios, literatura mexicana. 2ª. ed. México: UNAM, 1995, pp. 281-286.

A lo que Puga, ahora sí con su nombre, respondió desde *El Occidental* que

mal podía ser guiado por tales miras al escribir su crítica un escritor que ni de poner su firma al calce se cuidó. Añadiremos, por sí al caballero Carus le interesa, que el autor de la crítica a que nos referimos es miembro del Liceo Hidalgo, y ha codeado [sic] a Riva Palacio y platicado familiarmente con Altamirano: mal podía, pues, tener esas aspiraciones.¹⁷

Es muy posible que haya sido entonces cuando entabló relación con dos de los poetas a quienes criticaría dos años más tarde en los artículos que generaron *Los poetas mexicanos contemporáneos*: Juan de Dios Peza y Manuel Gutiérrez Nájera. De lo que no hay duda es de que, a partir de ese año, la presencia de este jalisciense en las publicaciones regionales y metropolitanas se volvió constante en los dos ámbitos que le dieron cierto renombre: la poesía y la crítica. Así lo testimonian sus numerosas entregas en *El Occidental*, su participación en la fundación de *La República Literaria* y su ocasional incursión en el *Juan Panadero*, de Guadalajara, así como su colaboración, a partir de 1887, en *La Juventud Literaria*, *El Pabellón Nacional*, *El Partido Liberal* y, más tarde, en la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, de la Ciudad de México.

Por lo mismo, Puga estaba lejos de ser un desconocido o una voz menor en la crítica de su época cuando, el 23 de diciembre de 1887, dio inicio en *El Pabellón Nacional* a la serie de críticas que le harían ganar renombre y animadversión al mismo tiempo. Sobre su contenido e importancia se pronunciaron más de una vez sus contemporáneos, y sobre ellas han vuelto algunos estudiosos posteriores, así que no me ocuparé de ello en estas páginas. Lo que podría llamarse su “actitud crítica” —su filiación, sus problemas y argumentos centrales— merece un comentario en detalle que no puedo ofrecer aquí. En cambio, sí que me parece oportuno detenerme a reproducir y comentar un documento que ha sido ignorado al hablar de este momento capital en la carrera crítica de Puga y Acal. Se trata del artículo titulado “Por qué dejé de ser crítico”, aparecido en la columna “De mi vida literaria y política” que Puga mantuvo durante sus últimos años en el capitalino *Excelsior*. Por su interés, vale la pena reproducirlo aquí *in extenso*, así como comentarlo aunque sea de manera sucinta y muy de paso:

Por qué dejé de ser crítico

Manuel Puga y Acal

Aseveró no ha mucho un joven y distinguido escritor que la causa de la actual decadencia de las letras nacionales es la carencia de críticos, y esta aseveración —que, en mi sentir, es comparable con la de quien dijera que en una laguna en que abundan las gallaretas, no hay patos porque no hay cazadores— hizo que mi buen amigo Victoriano Salado Alvarez se acordara de mí y me mencionara entre los pocos que, en nuestro país, hemos cultivado la crítica literaria.

Aunque tal mención se explica por el hecho de haber sido yo impenitente en eso de juzgar de las obras de mis contemporáneos, no puede imaginarse Salado qué salto atrás dio mi memoria cuando leí su artículo ni mucho menos cómo, semanas después, al leer el que aquí mismo publicó Carlos Díaz Dufoo bajo el título de “Cuarenta años de periodismo”, me sentí revivir en tiempos remotamente pretéritos.

Porque no vaya, Díaz Dufoo, a tener la pretensión de que sus cuarenta años de periodista le den derecho al decanato. Algún día comprobaré que me le anticipé cuando menos diez años en la carrera, como puede atestiguarlo Manuel Caballero, aunque todo ello sólo sirva para solaz y asombro de los jóvenes, a quienes parecerá tan divertido, como una corrida de Gaona o una película de Chaplin, el espectáculo de viejos que se disputan las décadas vividas como los trovadores languedocianos se disputaban en Tolosa la violeta de oro ante los *sept senhors mantenedors del Gay Saver*. Mas, por ahora, sólo quiero recordar que yo también ingresé en el periodismo metropolitano en 1885, y lo hago únicamente porque tal dato tiene conexión con lo que voy a narrar en seguida.

Desde uno de los primeros meses de ese año, en efecto, formé parte de la redacción de *El Partido Liberal*, dirigido entonces por el todavía coronel don José Vicente Villada, glorioso compañero de los generales mártires Arteaga y Salazar en la lucha contra la Intervención y el Imperio. Desempeñaba yo en ese diario, de acuerdo con el secretario de Gobernación Lic. don Manuel Romero Rubio, segundo suegro del Ejecutivo, una comisión del gobernador de Jalisco, Gral. don Francisco Tolentino: la de prestigiar primero y defender después la candidatura del Gral. Sabas Lomelí para suceder a aquél en dicho gobierno. Poco trabajo me dio tal comisión; una indiscreción de nuestro candidato dio al traste con nuestras esperanzas y puso fin a mi labor; quedó resuelto que el sucesor del Gral. Tolentino fuera el Gral. don Ramón Corona, que por aquellos días había regresado de España; y después de haber ido yo a Guadalajara a tomar participación en las ceremonias

de la sucesión gubernamental, volví a México con el doble carácter de redactor de *El Partido Liberal* y de *El Pabellón Nacional*, que dirigía don Luis G. Bossero.

Este diario era poco leído, a pesar de la excelente labor de José Anacleto Castillón, de Víctor M. Venegas y de Laura Méndez de Cuenca, y yo traté de atraer hacia él la atención del público provocando un escándalo literario, ya que los escándalos políticos no debían trascender a la prensa. Acometí entonces la empresa de criticar, con toda medida y justificación, las obras más admiradas de los poetas de mayor fama, y empecé por la oda "A Byron" de Salvador Díaz Mirón, que era a la sazón objeto de merecido aplauso. Reprodujeron mi crítica con elogio todos los periódicos de casa, *El Partido Liberal* y *La Patria* de Ireneo Paz, y los principales periódicos de los estados; pero lo que aseguró el buen éxito de mi empresa fue la magistral contestación que dio Díaz Mirón a mi crítica en un diario de Veracruz y que fue también en todas partes reproducida.¹⁸

Envalentonado con tal suceso, juzgué después la "Tris-tissima Nox" de Manuel Gutiérrez Nájera, amigo íntimo mío y compañero de redacción de *El Partido Liberal*. Manuel no contestó para defender su obra, pero se reservó para discutir mis procedimientos críticos cuando censurara yo, como sabía lo iba a hacer, la poesía "En vela" de Juan de Dios Peza.

Esta tercera crítica mía vino a hacer que *El Pabellón Nacional*, que ya había aumentado su circulación, la quintuplicara por lo menos. Juan de Dios Peza se enojó. Era el poeta oficial, algo así como Horacio en los tiempos de Octavio, como Ronsard en la corte de Carlos IX de Francia, como Zorrilla en la de nuestro Maximiliano. Recitaba composiciones poéticas en las ceremonias cívicas; brindaba en verso en las comilonas políticas. Muchos de sus admiradores me atacaron despiadadamente y me injuriaron en *El Combate* y otros periódicos, y yo en prosa y en verso, con él y con sus defensores, entablé una polémica que, después, con mis otras críticas, reuní en un volumen cuya edición, de varios miles de ejemplares, se agotó en pocos meses.

Mi buen éxito periodístico era indiscutible y, cuanto al literario, no dejó de halagarme, sobre todo cuando, en 1892, Justo Sierra me dedicó un ejemplar de su *Historia General* llamándome "futuro arzobispo de la crítica nacional". Aunque, ¡ay!, ¡Justo sabía bien que aquel arzobispo en cieme había estado a punto de ser excomulgado y de que se le privara del pan y la sal!

Debo decir que entonces los redactores de los periódicos liberales, que no podían sostenerse, estábamos pagados, y de mí puedo decir que muy bien pagado, por la Secretaría de Gobernación. Los periódicos opositores, sobre todo *El Diario del Hogar* de Filomeno Mata —el "Diario de los frijoles", como nosotros le decíamos—, nos llamaban asalariados. Pero

18. [*El Diario Comercial*, de Veracruz.].

nosotros sabíamos, y yo sigo creyendo, que servíamos a nuestro partido, como otros lo habían hecho en los campos de batalla y lo hacían en las Cámaras, en la prensa periódica, en la lucha de principios, puesto que, en ese terreno, el partido conservador, vencido militarmente en Querétaro, seguía combatiendo desde las columnas de *La Voz de México*, *El Tiempo* y *El Heraldito*. Y sabíamos también que otra noble labor nos estaba encomendada: la de poner coto al desarrollo de los gérmenes de desorden y de los fermentos de anarquía que habían dejado treinta años de guerra civil y extranjera.

Ahora bien, cuando la polémica con Peza y sus defensores estaba en lo más álgido, el empleado de la Secretaría de Gobernación que llevaba a mi casa mis quincenas, no se presentó con la puntualidad acostumbrada. Pregunté a mis compañeros de redacción si habían sido pagados y me contestaron que sí, y después, en la intimidad, Gutiérrez Nájera me dijo, rogándome que no hiciera uso de su confidencia, que en las altas regiones oficiales andaba yo muy mal parado. Esperé tres o cuatro días ¡y nada de quincena! Entonces fui a ver a don Apolinar Castillo, director de *El Partido Liberal* desde que el general Villada se había ido a gobernar el Estado de México.

Mañana recibirá usted su quincena, me dijo sonriendo don Apolinar. ¡Pero en buena nos ha metido usted y buena la ha escapado! Trabajo hemos tenido para conjurar la tempestad que se había formado sobre su cabeza. Se le acusaba de traidor al partido, porque ha atacado la reputación de uno de sus miembros. Hasta don Porfirio tomó cartas en el asunto. Fue preciso que Justo Sierra, Vicente Villada —que por casualidad vino de Toluca— y yo, bregáramos para demostrar que sus críticas han sido correctas y ajenas a la política y que no se menoscaba el honor de un partido político cuando se dice que uno de sus miembros, que cultivaba la poesía, dejó un verso cojo o cometió un ripio. Váyase tranquilo, pero no eche la lección en saco roto.

No la eché, ciertamente; recordé que Gutiérrez Nájera, que era muy amigo mío, pero lo era también de Peza, me había dicho al defender a éste que un crítico de sus contemporáneos debe ser un hurraño que viva como Robinson, en una isla desierta de cariños, y que si yo hubiera entrado al hogar de los *Cantos* de Peza con mi gramática desenvainada, Margot me la habría quitado; y resolví romper mi péñola de crítico; pues aunque, sin duda, mi partido no se habría eseamado si hubiera continuado mi labor, como me lo había propuesto, criticando al obispo Montes de Oca, al padre Pagaza, que no era obispo todavía, y a don Casimiro del Collado, me pareció cobardía hacerlo, sobre todo porque con los tres me ligaban afectuosas relaciones. Que así de corteses y respetuosos éramos entonces con nuestros adversarios.

Un corolario desprendo de este episodio de mi vida literaria: no hay nada que haga lanzar a un pavo real —y mucho de

pavos reales tenemos los literatos—graznidos más destemplados, que el encontrar a alguien que no admire sin reservas los colores de su cola, máxime si el tal pavo ha recurrido a medios artificiales para abrillantar esos colores.

Y convencido de que, como dicen los franceses, *plus ça change, plus c'est la même chose*, recomiendo a los críticos noveles —si hay por ahí valientes que quieran dedicarse a tan ingrata tarea— recuerden que artimañas políticas mantienen frecuentemente ciertas reputaciones literarias.¹⁹

Escrito y publicado al vuelo casi cuatro decenios después de aquellos lodos, este artículo de Puga descubre casi tantas cosas como las que deja en penumbra. A sabiendas de que sus interlocutores no son los jóvenes que por esos mismos años construyen los cimientos de la literatura moderna mexicana, sino los supervivientes de aquella *centuria azul*, Puga sacude el polvo de la polémica reivindicando, de entrada, su participación en el decanato del periodismo nacional —es decir, metropolitano—, para revelar, después, algunas de las motivaciones menos confesadas de su iniciación en el ejercicio crítico. Por ello, no extraña que comience citando los nombres de Díaz Dufoo y Salado Álvarez, con quienes comparte no sólo recuerdos de generación, sino además las páginas del *Excelsior* para ir publicando semanalmente capítulos de sus memorias. De hecho, Puga obtuvo una respuesta inmediata de Díaz Dufoo; sólo dos días después, en sus “Páginas de mi vida. Intermedio sentimental”, éste contesta con una aclaración cortés, pero incisiva:

No, yo no he pretendido, como parece decir mi querido Manuel Puga y Acal, que se me atribuya el ‘decanato’ del periodismo nacional. Manuel asegura que se me anticipó diez años en la brega. Será así, pero yo no tengo la culpa ... Mi querido Manuel Puga y Acal no conoció el más pavoroso círculo de nuestro infierno. Tuvo la fortuna de salir a la prensa ‘con un papel’, como se dice en la jerga de bastidores. No supo nunca de aquella labor de los ‘llenadores’ de diarios ... Ese interior del periodismo no lo conoció mi amigo ... que tuvo la dicha, él mismo acaba de referirnoslo, de figurar desde el primer día entre los pontífices de la prensa capitalina. No todos, empero, tuvimos esa dicha.²⁰

19. Manuel Puga y Acal. “Por qué dejé de ser crítico”, *Excelsior*, núm. 2894, 17 de febrero de 1925, pp. 5, 8.

20. Carlos Díaz Dufoo, “Páginas de mi vida. Intermedio sentimental”, *Excelsior*, núm. 2896, jueves 19 de febrero de 1925, pp. 5, 9.

No extraña que, al hablar de sus inicios en el periodismo, Díaz Dufoo y Puga se refieran a la prensa metropolitana como prensa nacional, sin más, dejando a un lado cualquier clase de antecedente regional —por lo demás, abundante en el caso del Puga. Es parte del “espíritu” de su época, y casi también de la nuestra. Lo que sorprende un poco es que sea el propio Puga quien, al autorretratarse como crítico, nos ofrezca de sí la imagen a todas luces inexacta de un escritor que llega a la crítica —y después la “abandona”— a causa de la política, de una manera casi “circunstancial”. Así, de acuerdo con esta imagen, parecería dar a entender que, al menos en su caso, detrás de las razones aparentes que movieron su labor como crítico, se insinúa no tanto su voluntad individual de ejercer el criterio alejado de cualquier justificación extratextual y personal, sino más bien una consigna implícita en esa época de no promover, bajo ningún concepto, polémicas de carácter político en las páginas de la prensa porfiriana. Un argumento que, además de ser una cortina de humo, se mordería la cola porque, según sus propios argumentos, habrían sido precisamente razones políticas las que finalmente llevaron a Puga y Acal a “romper” su “péñola de crítico”.

Si bien resulta sugerente la idea de que la censura porfirista se encuentra en el origen de una de las discusiones literarias más animadas de su época, lo cierto es que ni siquiera en el caso de Puga resulta suficiente para explicar su trayectoria como crítico y su intervención en la polémica que generó *Los poetas mexicanos contemporáneos*. “Por qué dejé de ser crítico” no recuerda al lector de 1925 hechos tan palmarios para sus contemporáneos decimonónicos como que, poco antes de publicar sus críticas, el mismo Puga se había sumado a las huestes de los admiradores públicos de Peza; cosa que, en cambio, sí tenía muy presente al redactar la presentación de *Los poetas mexicanos contemporáneos*. En efecto, sólo unas semanas antes de iniciar la polémica, Peza había sido invitado a Guadalajara para asistir a una velada en su honor, organizada por los redactores de *La República Literaria* y realizada el 18 de

febrero de 1888. En esta revista tapatía, la más ilustre de su época, se publicaron los poemas y discursos leídos en homenaje al autor de *El canto del hogar*, así como la propia crónica de Peza acerca del viaje y la visita a Guadalajara. En esa velada, acompañado de Esther Tapia de Castellanos, Antonio Becerra y Castro, Manuel M. González y José López Portillo y Rojas, Puga leyó el poema "Otro brindis, dedicado al distinguido poeta Juan de Dios Peza", en donde afirmaba: "al águila saludamos/ nosotras las avecillas". Es posible que esta volubilidad en el juicio, así como el indisociable vínculo de literatura y política, tanto entonces como después, haya sido una de las causas de las airadas reacciones que generaron las diferentes críticas de Puga reunidas después en *Los poetas mexicanos contemporáneos*. Uno de sus detractores más enconados, Emilio Rabasa, abrió fuego desde las páginas de *El Universal* bajo el pseudónimo de "Pío Gil". En Guadalajara, donde el precedente anticlerical y arribista de Puga le había ganado antipatía en el sector conservador y católico, no faltaron descalificaciones personales de diferente tono. Así, los redactores de *La Linterna de Diógenes* ironizaron sobre una de las frases de Puga proveniente de su crítica "Carta de 'Brummel' al 'Duque Job'": "Envaine sus uñas, como diría Manuelito Puga y Acal, el célebre jalisciense de Jalisco, el inmortal poeta que ve luces negras, el sabio crítico que, según él, ya *envainó* la Gramática".²¹

Además, a pesar de la censura y la autocensura de que habla en "Por qué dejé de ser crítico", lo cierto es que Puga no rompió su "péñola de crítico" porque siguió publicando comentarios en las páginas de la prensa regional y metropolitana: en *El Partido Liberal*, *La Juventud Literaria* y, ya entrado el siglo xx, en la *Revista Moderna*. En *La Juventud Literaria*, por ejemplo, publicó uno de sus poemas más famosos, "Balada de la muerte", así como el artículo "Manuel Álvarez del Castillo". Por su parte, entre otras colaboraciones de carácter y tema muy diverso, en *El Partido Liberal*, publicó una de sus críticas más importantes: "*El himno de*

21. *La Linterna de Diógenes*, Guadalajara, núm. 63, 30 de mayo de 1888, p. 2.

22. Juan José Doñán, "Prólogo". *Veinte cuentos de literatos jaliscienses*. 2^a. ed. Guadalajara: Hexágono, 1990, p. 15.
23. De la imprenta de *El Herald* alcanzaron a salir tres libros: *Veinte cuentos de literatos jaliscienses y Piezas literarias leídas en la velada fúnebre en honor de Manuel Gutiérrez Nájera, verificada en el Teatro Principal de Guadalajara, la noche del 23 de febrero de 1895*. Guadalajara: eds. de *El Herald*, 1895, así como *Cuentos propios y ajenos*, 1896. El primer libro recibió la atención crítica de Hilarión Frias y Soto desde las páginas de *El Siglo XIX*, México, los días 8, 15, 22 y 29 de febrero, 7 14 y

los bosques, de Manuel José Othón"; asimismo, en sus páginas aparecieron dos críticas firmadas aún con el pseudónimo "Brummel", y en las cuales entabló polémica con Justo Sierra a raíz del prólogo de éste a los versos de Urbina, "Un poeta y su prologuista" y "Carta abierta al señor licenciado Justo Sierra". De igual manera, y con un denuedo si cabe aun mayor que el de sus primeros años, Puga volvió a su anterior práctica de empeñarla en favor de gobiernos indefendibles y de su carrera política como senador de Jalisco. A finales de 1893, después de haber probado fortuna literaria y política en San Luis, Puga recibió la dirección de *El Herald* tapatío de manos de Salado Álvarez, y a partir de 1894 "lo convirtió en órgano oficioso del Gobernador Curiel, cuya administración defendió en sus columnas contra todo viento y marea", a la vez que promovió, desde luego, la reelección de Díaz.²² Al igual que había ocurrido durante la gestión de Tolentino, Puga puso las páginas de *El Herald* al servicio de los intereses gubernamentales, persiguió y demandó legalmente por difamación a los directores del *Juan sin Miedo* y *El Tapatío* —quienes le pagaron con sus ataques llenos de mordacidad—, al mismo tiempo que dio un impulso más que destacable a las colaboraciones literarias, la traducción —en su "Sección recreativa" "publicó textos de Manuel Gutiérrez Nájera, Enrique González Martínez, Ángel de Campo 'Micrós', Rubén Darío, Carlos Díaz Dufoo, así como traducciones de Guy de Maupassant, George Sand, Anatole France, Alphonse Daudet"—²² e incluso la edición. Fruto de esto último fueron dos libros notables para la época: *Veinte cuentos de literatos jaliscienses* y el volumen *Piezas literarias leídas en la velada fúnebre en honor de Manuel Gutiérrez Nájera*, que el mismo Puga había convocado en cuanto recibió la noticia de la muerte del "Duque Job".²³

Así pues, el testimonio que el propio Puga ofrece a propósito de las escaramuzas críticas reunidas en *Los poetas mexicanos contemporáneos* se ciñe sólo de manera parcial a la realidad de los hechos que evoca. Pero permite intuir, más allá de las motivaciones y rencillas

personales que a menudo alentaban la valoración de un autor, otra tensión implícita en el ejercicio de la crítica literaria finisecular: la política. Con su actividad periodística, temprana y posterior, Puga ejemplifica las limitaciones y los vicios de la prensa partidista de su época –al grado que sus enemigos políticos descalificaron su labor literaria por considerarla hija del mismo oportunismo–, mientras que con su obra crítica ilustra el modo en que, replegada en sí misma, ésta fue descubriendo poco a poco su espacio y lenguaje propios, su tierra natal: el texto. Aun cuando, por otra parte, apunte a un territorio que quedaba por ganar –el de la autonomía literaria, cuyas fronteras quedaron bien trazadas en los ensayos que “Brummel” dedicó a Díaz Mirón, a Peza y al “Duque Job”– y que Puga sólo dibujó desde fuera, sin animarse a entrar.